

lo maravilloso, dice M. Habet, ha debido borrarse de la vida de Jesús como imposible. De tal suerte que de la predicción precisa y circunstanciada de la toma de Jerusalén referida en el Evangelio de San Lucas, se deduce *en seguida y sin mas averiguaciones*, que este libro se escribió despues del acontecimiento, á no presentarse prueba en contrario. No necesitamos presentar tal prueba con respecto á las profecias de Malaquías, de Daniel, de Isaías, de Jacob, de Abraham. Porque es evidente y lo habeis confesado de un modo terminante, que fueron escritas antes del acontecimiento, al cual dominan, no en algunos años como la predicción de Jesús sobre Jerusalén, sino en muchos siglos. Tenemos pues, aquí, verdaderas profecias, y por consiguiente, segun vosotros mismos, verdaderos testimonios sobrenaturales.

¿Cómo se libra de esto M. Renan?

Me cuesta trabajo decirlo, por respeto á la razon y á los lectores; pero he lo aquí:

“Gracias á una especie de sentido profético que hace por momentos al semita maravillosamente apto para ver los grandes lineamentos del porvenir, dice, el Judío hizo entrar á la historia en la religion (1).”

Aquí podría trabarse un diálogo entre el lector y el crítico.

EL LECTOR.

Esta explicacion corta en verdad muchas dificultades ¿cómo la habeis encontrado?

EL CRITICO.

Nosotros, los libres pensadores, sabemos desde luego las cosas. Otro se hubiera quedado embarazado y os hubiera dicho: es esto, es lo otro; pero yo, yo toco en el punto de la dificultad desde luego, y os enseño, que el semita es maravillosamente apto para ver los grandes lineamentos del porvenir.

EL LECTOR.

Si; pero quisiera me dijerais en qué consiste esto.

EL CRITICO.

Nada mas fácil: esto consiste en que tiene sentido profético.

EL LECTOR.

Muy bien: pero ¿por qué tiene sentido profético?

EL CRITICO.

Muy sencillo: por la virtud de prevision que tiene. Por esto precisamente es el semita profeta.

(1) *Vida de Jesús*, pág. 47.

EL LECTOR.

Os pareceis mucho en este instante á un crítico á palos (1); y habeis tenido fortuna en que no tuviera Moliere sentido profético.

Verdaderamente, esta es la única manera de caracterizar el ridículo, por cuyo medio se libran estos señores de sus confesiones.

¿Qué es esa especie de sentido profético que con veinte siglos de distancia, pudo anticipar la vista de los acontecimientos mas inimaginables, y no obstante, del modo mas circunstanciado; ese sentido con que se hallaría maravillosamente dotado por momentos el semita tan solo de toda la raza humana, el cual, á decir verdad, solo se hubiera dispensado á una docena de semitas? ¿No sería esto una derogacion de la inflexibilidad del régimen general de la naturaleza, derogacion mil veces mas inconcebible que el milagro, puesto que partiría del seno mismo de la naturaleza, y no de la omnipotencia que la rige? Y además, ¿había de ser este semita, que precisamente es un prodigio de ceguedad en el mundo durante diez y ocho siglos, quien se hallara dotado de tal penetracion y perspicacia, quien tuviera el sentido de preveer, él que no ha tenido el sentido de ver su propio desastre? Finalmente ¿cómo considerais la profecía como un verdadero prodigio, como un verdadero milagro, que rechazais por ello, cuando creis poder negar la anterioridad de la predicción, como en la de Jesús sobre Jerusalén, y que deja de serlo en el momento en que es incontestable esta anterioridad? ¿Cómo, pues, es á vuestro juicio, mas prodigiosa la predicción, á cincuenta años del acontecimiento, que á cinco, siete y veinte siglos de distancia? ¿y cómo al adquirir magnitud, se minora?

Verdaderamente no se deben discutir estas cosas, sino solo aprovecharse de ellas.

Porque, en efecto, demuestran los absurdos que hay que creer, cuando no se quiere creer en maravillas, y que las pruebas de nuestra fé son tales, que es preciso rendirse á ellas, sopena de desatinar.

Las profecias particularmente se hallan dispuestas con el fin expreso de reducir á la impiedad al extremo de callar confundida, quitándole toda escusa, y dejándola, no digo sin razon, sino sin pretexto.

El mismo autor de las profecias se ha explicado de esta suerte:

“Anunciad y venid, y consultad á una; ¿quién hizo oír esto desde el principio y desde entonces lo predijo? (2). Yo, que anuncio desde el principio lo postrero, desde el principio lo que aun no ha sido hecho, diciendo: subsistirán mis decretos, y toda mi voluntad será ejecutada (3).”

(1) Así tradujo Moratin el título de la comedia de Moliere, *le medecin malgré lui*. (N. del T.)

(2) Isaías, cap. XLV, 21.

(3) Idem cap. XLVI, 10.

“Yo anuncié y salvé: os lo hice oír y entre vosotros no hubo extraño: vosotros sois testigos, dice el señor, y yo Dios.” (1).

“Desde entonces anuncié las primeras cosas, de mi boca salieron, é hícelas oír; de repente las hice y acontecieron. Porque supe que tu eres duro, y nervio de hierro tu cerviz, y tu frente de bronce. Desde entonces te las predije; antes que viniesen te las hice saber, no fuera que dijeras: mis ídolos hicieron esto, mis estatuas de escultura y de fundición ordenaron estas cosas.” (2)

M. Renan no tenía que explicarse solamente sobre las profecías; debía hacerlo también sobre su cumplimiento. Nuevo escollo; porque si el haber sido predicho el Mesías, así como todos los grandes acontecimientos de que es centro, es ya un prodigio, el haber cumplido tan magníficamente Jesucristo por su parte el objeto de estas profecías, es otro prodigio que corresponde al primero, y que no puede explicarse sino por sobrenatural correlación y por la verdad del carácter del Mesías que se encuentra en Jesús. Según M. Renan, no hay nada de esto, y Jesús solo fué un hábil y feliz intérprete de las profecías.

Nadie habrá que no se admire de la imposibilidad de este sistema. Que haya aparecido un hombre que no fuera realmente el Mesías, en la hora predicha desde el origen del mundo y en que el mundo le esperaba; que no haya tenido rival en la empresa de representar este papel, ó mas bien que solo hayan servido los falsos mesías que se presentaron entonces, para testificar que debía existir uno verdadero y que solo él lo era; que haya estado desde el primer día á la altura de esta prodigiosa misión; que haya cumplido punto por punto su programa gigantesto, en su doble carácter de oscuridad y de gloria, de inmolación y de triunfo; que se hayan realizado por él de tan literal y colosal manera la conversión de los gentiles y la reprobación de los judíos, este misterio de anuncio tan brillante como de tan impenetrable cumplimiento; que tanto los acontecimientos que siguieron á su muerte como los que señalaron su vida, se hayan ordenado universalmente para la justificación y consumación en él de las profecías; que haya cesado para siempre desde su venida, la incesante expectación que le precediera; en una palabra, que haya satisfecho esta expectación profética de tal suerte, que no hubiera podido estar mas acorde el acontecimiento con la profecía, si se hubiera hecho la profecía despues del acontecimiento, y que no sea este el verdadero Mesías; he aquí un prodigio mas grande que el que se quiere evitar, porque repugna y confunde á la razón, cuando el otro solo es superior á ella.

Pues bien, M. Renan no disminuye en nada este gran carácter de Mesías en Jesús; lo confiesa y reconoce, haciendo el ridículo papel de hacer resaltar sobre él sus consecuencias.

Según M. Renan, no vacila Jesús en manifestarse como objeto de las profecías. Sus ideas y sus resoluciones se expresan sobre ello con entera exactitud. “Será abolida la ley, y él es quien la abolirá. Ha venido el Me-

(1) Idem cap. XLIII, 12.

(2) Idem cap. XLVIII, 3, 4 y 5.

“sías; y él es quien lo es. En breve se revelará el reino de Dios, y por él es por quien se revelará. Sabe muy bien que será víctima de su arrojo; pero no puede conquistarse el reino de Dios sin violencia, debiendo fundarse por medio de crisis y dilaceraciones. El Hijo del hombre vendrá con gloria despues de su muerte, y los que le hayan rechazado serán confundidos (1). Algunos partidarios de las ideas del Mesías habían ya admitido que traería el Mesías una ley nueva, que sería común á toda la tierra. Parece que los Esenios, que eran apenas judíos, miraron con indiferencia el templo y las observancias mosaicas. Pero estos no eran mas que arrojados, atrevimientos aislados ó no confesados. Jesús fué el primero que se atrevió á decir que desde él, ó mas bien, desde Juan no existía ya la ley (2).... Y sobre este punto se valía de comparaciones enérgicas. No se compone lo viejo con lo nuevo; no se echa el vino en odres viejas. He aquí prácticamente sus actos de señor y de criador.... Llama á todos los hombres á un culto fundado en su sola cualidad de hijos de Dios. Proclama los derechos del hombre, no los derechos del judío; la salvación del hombre, no la del judío. ¡Ah! ¡cuán lejos estamos de un Júdeas Gaulonita, de un Matías Margaloth (falsos Mesías) predicando la revolución en nombre de la ley! Fundada está la religión de la humanidad sobre el corazón, no establecida sobre la sangre. Moisés ha sido superado, el templo no tiene ya razón de ser, y se halla condenado irrevocablemente [3].”

He aquí cómo confiesa M. Renan el gran carácter de Mesías en Jesús; carácter que corresponde á la dimensión de las profecías y que completa la declaración que de ellas resulta.

III.

Pero lo que no confiesa tan bien, aunque sin embargo lo confiesa lo suficiente para que podamos sacar partido de ello, son las profecías del mismo Jesús.

La gran señal de que era Jesucristo objeto de las profecías, son las que hizo sobre sí mismo, probando con su realización que era divino y verdadero el cumplimiento en él de las profecías antiguas. De esta suerte demostraba en sí el mismo espíritu con que se anunció en sus profetas, de modo que se justificara, si es lícito hablar así, su identidad, y para poder decir, según ya lo había predicho: “Heme aquí presente á mí que hablé en otro tiempo (4).”

Con este fin, todo ha sido profecía en Jesucristo.

(1) *Vida de Jesús*, p. 235 y 327.

(2) La antigua ley no fué abolida desde S. Juan. No extrañarán los lectores que haya inexactitudes en las palabras de Renan que con frecuencia cita Augusto Nicolas solo según que pueden servir para su objeto. [“La Religión y la Sociedad”]

(3) *Vida de Jesús*, p. 221, 222 y 223.

(4) *Isaias*, LII.

Ya lo era al verse él mismo y anunciarse en la oscuridad de su advenimiento, por la inspiración profética que él hizo prorrumpir en torno de su euna en boca del Ángel, de Juan Bautista, de Zacarías, de Simeon y de su divina Madre. ¡Qué admirable coro el que elevaron todos estos santos personajes á la llegada de Jesús! ¡Qué profecías las de las palabras del Ángel y de Isabel, y el estremecimiento precursor de Juan Bautista! ¡Qué cánticos como el *Benedictus*, el *Nunc dimittis* y el *Magnificat*! y ¡cuán poco sentido de lo verdadero, de lo bello y de lo santo es preciso tener para no arrebatarse con el acento, y quedar convencido con el prodigio de estas deslumbradoras profecías! ¡Qué diremos ahora de las profecías del mismo Jesús, anunciándose punto por punto hasta en la ignominia de su suplicio, como el objeto de las profecías, dirigiendo él mismo con este fin los acontecimientos á que parecía sucumbir, cortando en cierto modo su destino por el patron de las profecías! No debiendo estas profecías hallar su cumplimiento final sino con su sacrificio, es decir, con lo que debía humanamente hablando, aniquilarle, era mostrarse verdadero señor y regulador de ellas, profetizar desde este aniquilamiento su triunfo, y volver á echar ó haciendo retoñar, como dice muy bien M. Renan, las *grandes pruebas despues de su muerte* (1). Pues bien, esto es lo que hace Jesús constantemente en el Evangelio; y si no nos conmueven ó nos causan mucha sensación estas profecías de Jesús, como las antiguas profecías y las de los santos personajes evangélicos de que hemos hablado, consiste en que son sus caracteres mas eminentes la serenidad y sencillez divina con que anuncia las mayores maravillas y la grandeza del acontecimiento en el que aquellas han como desaparecido.

—*Seguidme*, dijo á Simon y á Andres que echaban sus redes al mar, y *os haré pescadores de hombres* (2).

—*Dejadla*, dijo á los que censuraban á la pecadora por haber derramado perfumes á sus piés: *En verdad os digo, que donde quiera que se predique este Evangelio, y lo será el mundo entero, se publicará en alabanza de esta mujer lo que acaba de hacer en este momento* (3).

—*Será echado á fuera el príncipe de este mundo, y yo cuando sea levantado de la tierra, atraeré á mí todas las cosas* (4).

—*Recibireis la virtud del Espíritu Santo que bajará sobre vosotros y me rendireis testimonio en Jerusalem, en toda la Judea, en la Samaria y hasta en los confines de la tierra* (5).

—*Llegará tiempo*, dijo hablando del templo, á los que le hacían notar la belleza de su fábrica, *en que lo que veis aquí será destruido de tal suerte, que no quedará piedra sobre piedra*. Y como le preguntaran la época de este acontecimiento, contestó: *en verdad os digo que no pasará esta generación sin que se hayan realizado estas cosas*; despues predijo el sitio y saqueo de Jerusalem, y *será hollada por los gentiles hasta que se cumplan los tiempos*

(1) *Vida de Jesús*, p. 291.

(2) Marc. 4, 18.

(3) Math. XXXVI, 13 Marc. XVI. 9.

(4) Juan, XII, 31 y 32.

(5) Act., I, 8.

de las naciones, y la desolación de Jerusalem por no haber conocido el tiempo en que fué visitada (1).

—Al mismo tiempo que predice que no quedaria en la Sinagoga ni en Jerusalem piedra sobre piedra, funda y profetiza la Iglesia en aquella inconmensurable profecía que anuncia á todo el universo la cúpula de San Pedro en Roma: *Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella* (2).

—Y finalmente, al dejar la tierra, nos da aquella postrera é invencible profecía, que fué como el impulso divino que comunicó á la Iglesia el movimiento que le hizo atravesar los siglos, descubrir toda clase de escollos, y hollar todo género de obstáculos á nuestra vista: *“Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, por todo el mundo y enseñad á todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo: enseñándoles á observar todo lo que os he mandado; y mirad que yo estoy todos los días con vosotros hasta la consumación de los siglos”* (3).

—*Pasarán el cielo y la tierra, pero no pasarán mis palabras* (4).

—Al oír semejante lenguaje y al ver la universal y eterna obediencia que le prestan los acontecimientos, aparece Dios; *Patet Deus*; y desdichado aquel que no cae, la faz á tierra, para adorarle.

IV.

¡Por qué hemos de tener que añadir ya una sola palabra! Sin embargo, conviene manifestar á lo que se ve reducido sobre este punto M. Renan y la incredulidad en él.

Omite, sin negarlas, es decir, elude las profecías relativas á la revolución universal anunciada y verificada por Jesucristo desde lo alto de su Cruz, y á la misión que se dió á los Apóstoles y á la Iglesia de ir á predicar el Evangelio hasta los confines de la tierra y hasta el fin de los tiempos; ¡y esto en una vida de Jesús!

Reconoce y confiesa las profecías relativas á la transformación de los pescadores en Apóstoles;—á la gloria universal de la Magdalena;—y á la fundación de la Iglesia.

Y finalmente, niega y confiesa á un mismo tiempo la profecía relativa á la destrucción del templo y á la ruina de Jerusalem.

Pero lo que da peso á estas confesiones, es el esfuerzo de M. Renan por disminuir su importancia, revelando de esta suerte hasta el ridículo, lo embarazado que para esto se halla.

Y en primer lugar, respecto de la transformación de los pescadores en apóstoles:

“Jesús, dice, que gustaba del juego de palabras, decia á veces que ha-

(1) Luc., XIX, 44, XXI, 24.

(2) Math., XVI, 18.

(3) Math., XXVIII, 18, 19, 20.

(4) Luc., XXI, 33.